

BLANCO VALDÉS, Roberto L.: **La construcción de la libertad**. Madrid, Alianza Editorial, 2010, 385 págs., ISBN: 978-84-206-8317-1.

El nuevo libro del profesor R. Blanco nos presenta, como reza el subtítulo de la obra, una historia del constitucionalismo europeo, desde las bases del Estado constitucional puestas en el ciclo de la Revolución francesa, con los precedentes de la Revolución «gloriosa» en Inglaterra y del proceso de independencia norteamericana, hasta nuestros días, es decir, hasta esa tercera «ola democratizadora» de la postguerra vivida tras el hundimiento de los regímenes comunistas de la Europa del este, que ha permitido entrar en el siglo XXI con la mayor extensión territorial y profundización de las constituciones democráticas en el viejo continente.

Es de significar, en primer lugar, la originalidad en la estructura del estudio, que se aparta de criterios más tradicionales. No se vertebra en una simple suma o sucesión, más o menos articulada, de historias constitucionales particularizadas de los distintos Estados europeos, atentas a las específicas y complejas circunstancias de evolución histórica de cada país, que dejan al lector la tarea de reconstruir los enlaces y contrastes entre las diversas experiencias nacionales; sino que, al contrario, prima en la obra la preocupación por brindar una visión de conjunto, y esto en una doble vertiente. Por un lado, se ha tratado de exponer la evolución, entrelazada y coherente, de los diversos apartados de todo sistema constitucional. Así, por ejemplo, se examina el desarrollo desde el primitivo sufragio-función, limitado por la capacidad, de la época del liberalismo censitario, a la plenitud del sufragio-derecho, universalizado, propio del nivel democrático; de los primeros

partidos de notables, coherentes con las visiones de representación limitada del liberalismo decimonónico y de compleja inserción en los presupuestos del liberalismo individualista del momento, a los partidos de masas o de integración democrática, finalmente «constitucionalizados» como pieza capital de los sistemas democráticos del siglo XX; de la evolución de las primeras declaraciones de derechos liberales, como la de Virginia (1776) o la célebre «Del Hombre y del Ciudadano» francesa de 1789, donde primaban las preocupaciones por las garantías a la autonomía y seguridad jurídica de las personas frente a un poder del Estado del que se desconfía cervicalmente, a la compleja aparición de las libertades políticas de acción colectiva, —derecho de reunión, asociación, sindicación y huelga—, y de los derechos a exigir prestaciones sociales del Estado en el campo de la educación, sanidad pública y previsión social, más propios del Estado social y democrático de derecho, que sirven para medir el tránsito del primitivo Estado del *laissez-faire* a este último, que se va abriendo paso lentamente desde el último tercio del siglo XIX hasta su plena «constitucionalización» en el tiempo inmediatamente posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial. Junto a ello, simultánea y entrelazadamente, los cambios en los parámetros del juego de los poderes del Estado en el proceso político y consecuentes formas de gobierno: desde una primera hora donde el autor resalta la centralidad de la tensión Rey-Parlamento, —no en vano la misma supondría en el plano político la lucha por la supervi-

vencia del Antiguo Régimen o el triunfo de la nueva sociedad liberal-clasista—, con sus sucesivas alternativas, las imposibles monarquías combinadas con veleidades de gobierno de Asamblea propias de la fase de ruptura revolucionaria, o las complejas fórmulas «transaccionales» del liberalismo postrevolucionario con sus Monarquías constitucionales «dualistas», hasta el pleno triunfo del parlamento, bien bajo la óptica de estrictas monarquías parlamentarias o de repúblicas democráticas, en el siglo XX, en que dentro del marco del «parlamentarismo racionalizado» y crecientemente monista, aquella vieja tensión cede, más bien, en otros problemas derivados del sistema de partidos, normas electorales y centralidad de la relación gobierno-parlamento en el nuevo horizonte intervencionista del citado Estado social y democrático.

Pero a la vez, y en otra interrelacionada vertiente, el autor, con su búsqueda, apoyo documental y énfasis puesto en los enlaces y puntos comunes entre las diversas historias constitucionales nacionales dentro de las facetas señaladas, nos brinda la posibilidad de comprender las principales fases históricas del movimiento constitucionalizador en Europa, las características diferenciadas de los sucesivos ciclos u «olas» de democratización registradas, y con ello, aun con las reservas que las abigarradas y desiguales historias nacionales plantean al efecto, poder tratar de «construir» los modelos constitucionales que definen y distinguen a cada uno de ellos.

En este horizonte se llama la atención, en primer lugar, sobre la significación de las constituciones del ciclo de la Revolución francesa, enfatizando, por un lado, en los «fundamentos» que fijaron en el origen del Estado constitucio-

nal contemporáneo, con los puntos de contacto y terreno compartido con la experiencia norteamericana, por ejemplo, la funcionalidad garantista de los derechos individuales vinculada al principio de división de poderes, asociada al concepto racional-normativo de constitución (M. García-Pelayo), pero, por otro y a la vez, remarcando las diferencias con la misma, en gran parte condicionadas por las distintas circunstancias históricas y problemas a enfrentar en que se fraguaron ambas experiencias. Así, resulta especialmente ilustrativo cómo el autor explana los motivos y razones que pudieron explicar la contraposición entre uno y otro caso, en las alternativas: centralización/federalismo; veleidades de gobierno de asamblea con monarcas meros «ejecutores delegados»/republicanismo presidencialista; valor meramente «político» de las constituciones francesas, asociado a la buscada primacía del parlamento y concepción de la supremacía de la ley como expresión de la voluntad general/valor «jurídico» y normativo supremo de la constitución en la experiencia norteamericana.

El ciclo de las *Cartas otorgadas* y de las monarquías constitucionales, correspondiente al máximo esplendor del liberalismo conservador postrevolucionario, con una desigual pero larga proyección para buena parte del siglo XIX, tiene en este trabajo una caracterización centrada en el medular problema de la relación rey-parlamento. Se ha dicho que en el mismo la monarquía absorbió a la revolución (L. Lacchè), y en esa perspectiva el autor hace una sugestiva interpretación de la teorización por B. Constant sobre el poder neutro de los monarcas, para mostrar, especialmente a la luz de la práctica, que aquel escondía a la hora

de la verdad, y a través de los poderes que se reconocían al rey sobre libre nombramiento de ministros, designación de senadores, sanción libre-veto absoluto sobre los acuerdos de ley de las cámaras y disolución parlamentaria no limitada, una ubicación del Rey, jefe de Estado, como «... centro auténticamente neurálgico de la vida nacional» y con plena capacidad para enfrenar los embates del Parlamento, en una dinámica bien lejana de la anterior fase de ruptura revolucionaria. Este ciclo, dominado por el llamado liberalismo doctrinario, es muy a tener presente por la duración secular que tuvo en ciertos países como Italia o nuestra España, con evoluciones bien complejas. Allí donde por vía evolutiva de «democratización y parlamentarización» se abocó a una estricta monarquía parlamentaria, la monarquía subsistió, por el contrario, donde, como en el caso de nuestro país, los discursos de equilibrio transaccional corona-cortes y los contradictorios regímenes parlamentarios de las «dos confianzas» no lograron ocultar la autonomía y perseverante preeminencia de la Corona, la imposible evolución a las fórmulas de «el rey reina, pero no gobierna» acabó arrastrando a medio o largo plazo a la crisis irreversible de la institución monárquica.

En el pormenorizado repaso a la historia constitucional en el viejo continente, cabe destacar en este estudio la caracterización y significación de las constituciones de entreguerras, del «interregno democrático» o del también llamado espejismo democrático (J.P. Fusi). Esas constituciones denominadas del «parlamentarismo racionalizado» (Mirkine-Guetzevitch), que encontraron en la constitución alemana de Weimar, o en el caso español, en la republicana de 1931, quizás sus máxi-

mos exponentes, llevaron a sus textos por primera vez, regulando, sistematizando y profundizando lo que hasta el momento había sido práctica evolutiva de democratización y parlamentarización solo en los países más avanzados en la carrera constitucional, Inglaterra y Francia, durante el último tercio del siglo XIX. La sistematización de los derechos sociales, el sufragio universal pleno, la opción por formas de gobierno republicanas y arrumbamiento de sus precedentes monarquías constitucionales, las primeras regulaciones expresas de régimen parlamentario, junto al valor «jurídico» de las constituciones en torno a los primeros esbozos de tribunales constitucionales, fueron algunas de sus características más señaladas. Un ciclo constitucional siempre apasionante por su trágico destino. Sus ensayos de avanzadas fórmulas de democracia social no lograron estabilizarse por un cúmulo de adversas circunstancias: se materializaron en países que durante el siglo XIX no habían figurado en la primera fila de la carrera constitucional; mayoritariamente en países derrotados en la Gran Guerra, donde su implantación fue consecuencia de la crisis de su anterior régimen político por el balance de esta, caso sobresaliente de la Alemania «guillermana»; pronto desestabilizados por las gravosas y punitivas condiciones que les fueron impuestas por los tratados de paz; y, quizás sobre todo, desafiados por la crisis general de crecimiento del parlamentarismo demoliberal y ascensos tanto del primer Estado socialista soviético como del fascismo.

El panorama de los ciclos del movimiento constitucionalizador se cierra con la caracterización de las constituciones posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial. Sin perder de vista un

contexto histórico caracterizado por la crisis del eurocentrismo, la división bipolar del mundo en el horizonte de la «guerra fría» y el desafío, hasta la caída del muro de Berlín, de los presupuestos políticos del bloque de países con regímenes comunistas, el autor plantea y desarrolla los, a su juicio, principios característicos y comunes de dichas constituciones, subyacentes a las tres «olas» de democratización distinguidas desde la inmediata postguerra al presente. Señas de identidad que suponen, en gran parte, un replanteamiento y afirmación de los principios ya esbozados en el periodo de entreguerras, profundizados y corregidos, ahora y en su caso, en algunos de sus aspectos acreditados como más disfuncionales, y que se fijan y desarrollan en: triunfo de la democracia con el sufragio universal pleno; pluralismo concurrente de los partidos políticos y su constitucionalización; supremacía de la constitución, ahora con pleno valor «jurídico» basado en la consolidación de los tribunales constitucionales, —remarcando las diferencias con el modelo norteamericano de *judicial review of legislation* y sin perder de vista sus complejos problemas de encaje en el Estado democrático—; el paso del viejo Estado de derecho liberal al Estado de derechos, trascendiendo las simples garantías a la autonomía individual con las libertades políticas de acción colectiva y los «derechos sociales de naturaleza prestacional», con garantías procedimentales para su eficacia; el «parlamentarismo racionalizado», en que la primacía del parlamento y la tendencia a regímenes parlamentarios monistas se combina con correcciones garantizadoras de la estabilidad de los Gobiernos, tanto más necesaria en el presente marco del nuevo Estado intervencionista social y democrático; y,

finalmente y junto a ello, los procesos de descentralización en sus diversas modalidades en cuanto a distribución territorial del poder. Resta, en todo caso, la reflexión sobre los desafíos pendientes a los actuales sistemas democráticos, que podrían situarse en la sentida limitación a la participación ciudadana que conlleva, quizás insalvablemente, la democracia representativa y los sistemas y características de los partidos políticos, —el problema de su intermediación—, junto al reto que estos últimos y las nuevas exigencias en la relación gobierno-administración-parlamento en el marco del citado Estado social y democrático, plantean a la capacidad de adaptación del primitivo, pero esencial, principio garantista de la división de poderes a las necesidades de la compleja sociedad y ordenamiento político actuales. Quizás algo que tiene mucho que ver con un problema permanente de nuestra contemporaneidad desde la época misma de la Revolución francesa: cómo combinar las garantías a la libertad con las tendencias niveladoras de la igualdad.

Esta nueva obra, —con eco de estudios anteriores del autor como el excelente libro, *El valor de la Constitución*, Madrid, 1995—, por su planteamiento metodológico en el orden expositivo, apoyo documental utilizado y brindado en el campo del derecho constitucional comparado, ambicioso objetivo y cumplida resolución, está llamada a convertirse en obra de imprescindible referencia para todo aquel estudioso de la Historia constitucional del continente europeo preocupado por tener una visión amplia y de conjunto de la misma, por la comprensión de sus fases y ciclos de desenvolvimiento, por descubrir el «sentido» y líneas maestras de su despliegue por encima del abigarrado panorama de las constituciones par-

ticulares de cada Estado, y por entender los desafíos y retos a que ha tenido que responder o adaptarse. En fin, una rica y rigurosa historia de la larga travesía cubierta desde el originario Estado constitucional de impronta liberal, formado en el momento de la ruptura revolucionaria

con los restos de la feudalidad, hasta la plena democratización y parlamentarización en el marco de nuestros actuales Estados social y democráticos de derecho, propios, estos últimos, de la compleja y bien distinta sociedad de masas y postindustrial en que vivimos.

---

*Juan Ignacio Marcuello Benedicto*

Universidad Autónoma de Madrid  
juanignacio.marcuello@uam.es